

so abismo en donde son atormentados.... si tampoco perdonó al antiguo mundo, *esto es, á los hombres anteriores al diluvio* preservando á Noé con siete personas mas: si reduciendo á cenizas las ciudades de Sodoma y Gomorra, las condenó á desolamiento, poniéndolas para escarmiento de los que vivirán impiamente: Si libertó al justo Lot, á quien estos hombres abominables afligian y perseguian con su vida infame.... *Signo es inequivoco de que bien sabe el Señor librar de la tentacion á los justos, reservando los malos para los tormentos eternos; y mayormente aquellos que para satisfacer sus impuros deseos, siguen la concupiscencia de la carne; y desprecian las potestades, pagados de sí mismo. Ellos atraen con halagos las almas ligeras é inconstantes, teniendo el corazon ejercitado en todas las mañas que puede sugerir la avaricia. Son hijos de maldicion: han dejado el camino recto y se han descarriado, siguiendo la senda de Balaan.... Estos tales son fuentes, magnificas en la apariencia, pero sin agua; nieblas agitadas por torbellinos, que se mueven á todas partes.... Profiriendo discursos pomposos, llenos de vanidad atraen con el cebo de apetitos carnales de lujuria á los que poco antes habian huido de la compañía de los que profesan el error. Les prometen libertad, siendo ellos mismos esclavos de la corrupcion.... y así se cumple en ellos aquel refran verdadero: el perro se volvió á comer lo que vomitó, y la marrana lavada, á revolcarse en el cieno.... Así que concluye el Santo Apóstol, vosotros, ó mis muy amados hermanos, avisados ya, estad alerta; no sea que seducidos de los insensatos y malvados vengais á caer de vuestra firmeza, esto es, de vuestra fé y santidad de vida.* Hasta aqui el Apóstol san Pedro. Bien conoceis, mis amados, que no puede espresarse de un modo mas esplicito el significado de la palabra mundo á quien tenemos por enemigo de nuestra alma. Si: los hombres mundanos, los soberbios, los impíos con sus malos ejemplos, con sus persuasiones falsas, con sus injusticias persiguen al inocente, hacen la guerra al justo, y convertidos, sin ellos advertirlo en instrumentos de Satanás, blasfeman de Dios, desprecian los Santos y tienen su aparente complacencia en derribar, si pudieran, todo lo que tiene tendencia á Religion. He dicho que sin ellos advertirlo, son instrumentos del demonio, y así es. Este dragon infernal, conocedor de nuestra debilidad, de nuestra propension á lo malo, se vale del mundo y de la carne, y ya por sí, ya por cualquiera de los otros dos enemigos nuestros, ó todos á la vez, segun la mayor ó menor resistencia que haya en el tentado, nos asalta y observa con nosotros lo que un diestro general que intenta rendir una plaza. Sabido es que las armas de los cristianos son: la oracion, frecuentar los Santos Sacramentos, esto es, confesarse á menudo con su diestro confesor, comulgar, tener á

Dios siempre ante los ojos, ser devotos de Maria Santísima, meditar frecuentemente en la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, y no olvidarse de los novísimos *muerte, juicio, infierno y gloria, ó de ahora, luego, nunca*; esto es, *ahora me puedo morir, luego bajar al infierno, nunca saldré de aquel lugar tenebroso y de tormentos terribles.* Pues estas armas del cristiano son las de que primero quiere el demonio privarnos, y comienza su ataque por retraernos de la frecuente confesion. Para mejor conseguirlo, trata de persuadir al miserable pecador, ya que otra cosa no pueda, que todos los confesores son iguales, que es lo mismo confesarse con uno que con otro; y el miserable que tal cree, el que llega á prestar su oido á esta seducción diabólica, se espone á hallar la muerte por su indiscrecion allí mismo en donde nuestro amabilísimo Redentor trasplantó, digámoslo así, el árbol de la vida para que el que de su fruta comiera, viviera siempre. Sí, mis amados, sensible es confesarlo; pero es preciso para que vuestras almas no peligren.

El primer cuidado del cristiano debe ser buscar un buen director espiritual, un buen confesor, pues aunque todos absolvemos en virtud del poder que el mismo Dios nos confió á los sacerdotes, hay tanta diferencia en órden á la direccion de unos y otros, como la hay del cielo á la tierra, de la gloria al infierno, puesto que el infierno ó la gloria es el término á que un confesor bueno ó malo puede conducir. Llamo confesor bueno á aquel que adornado de celo santo, de sabiduria y prudencia dirige las almas por el sendero que Jesucristo Hijo del eterno Padre trazó; llamo confesor malo á aquel que sin celo santo, sin sabiduria ni prudencia se sienta en el confesonario, y con sus ademanes, con sus voces, con su indiscrecion ahuyenta, espanta á las almas, y prepara grandes triunfos al demonio, inutilizando cuanto está de su parte este Sacramento de vida, que Jesus Pastor divino instituyó para que aplicándole á sus ovejitas muertas por el lobo infernal, revivieran y entráran de nuevo á formar parte de su rebaño. Sí, cristianos, Jesucristo vino á buscar, no á los justos, que estos hallados estaban, sino á los pecadores; para estos estableció el sacramento de la penitencia; los justos no tienen necesidad de él. Esto es lo que no comprenden los malos confesores, que á pesar del celo de los señores obispos, son mas de lo que se piensa y por esto, todo cristiano debe cuidar mucho de proporcionarse un buen confesor y no descansar hasta hallarle. ¡Cuántos infelices pecadores avergonzados de la multitud y gravedad de sus culpas, despues de vencer las dificultades que el demonio les pusiera para que no se confesáran, al ir á manifestar sus culpas, se hallan con un confesor que se horroriza á los Primeros pecados que oye, que reprende antes de tiempo, que anuda,



digámoslo así, la garganta del pobre penitente y en vez de una buena confesion, la hace sacrílega por culpa del mal confesor! ¿Cuántos hay que por haber dado con confesores de esta clase, han mirado con aversion el sacramento de la Penitencia, se han obstinado en la culpa, sehan transformado de pecadores débiles, en ímpios robustísimos, que sobre no querer ellos volver á confesarse, han trabajado y trabajan cuanto pueden, por retraer á los demas de que se confiesen? ¿Cuántos hay que de buenos cristianos que pudieran ser, se han hecho enemigos acérrimos de la religion de nuestro Redentor Jesus, y todo por culpa de un mal confesor? Y al contrario; ¿cuántos y cuántos han ido á confesarse sin las disposiciones necesarias, solo por cumplir con el mundo, y por dar con un confesor bueno, se han hecho de lobos, ovejas; de pecadores obstinados, penitentes arrepentidos? Los señores obispos pueden graduar y graduan la suficiencia literaria de los confesores, pero no les es fácil graduar las demas cualidades que deben tener, y de aqui el que sean tantos los malos y tan pocos los buenos. La palabra dulce, nos dice el Espíritu Santo (1); multiplica los amigos, y aplaca á los enemigos.... vive en amistad con muchos: pero toma uno entre mil para consejero tuyo, *para director tuyo, para tu confesor.*

Ni entendais por esto, mis amados, que han de reputarse por buenos aquellos confesores, que de nada hacen caso, que por todo pasan, y solo atienden á despachar pronto la gente que su confesonario rodea. Los que tal hacen son ciegos, los que con ellos se confiesan, pudiendo evitarlo, son ciegos tambien, y como un ciego guia á otro ciego, confesor y penitente ambos caen en el infierno. El buen confesor es, como el diestro cirujano, como el habil médico, como el buen Padre. Aconseja, reprende, castiga, y corta segun que el caso requiere: pero cortando, castigando, reprendiendo y aconsejando, procura el bien del enfermo, la felicidad del Hijo. Bien sabe el demonio que así sucede, por eso su primer cuidado, su primera tentacion es retraer, como he dicho, á los fieles de confesarse qual se debe; conseguido esto, facil le es enfriar el fervor religioso; conseguido esto, pone en juego las arterias del mundo y de la carne y asalta á su placer la plaza de nuestra pobrecita alma, y la reduce á esclavitud. Tal es, cristianos, la conducta que observa el enemigo del género humano; pero notad, que el triunfo le consigue solamente de los que se dejan caer en la tentacion. Sí: de los que se dejan caer, porque el que no quiere, no cae; toda vez que el Señor nos ofrece sus auxilios, y contra los auxilios de Dios nada puede el demonio, el mundo, ni

(1) *Ecci. cap. 6. vv. 5 y 6.*

la carne. No, nada pueden, quedan vencidos; y á los vencedores premia Dios con coronas eternas. Dios á nadie abandona, si antes no es él abandonado, y aun siéndolo, si con corazon contrito nos volvemos á él, estiende sus brazos para abrazarnos y nos admite en su casa. ¡Bendito sea por siempre el Padre nuestro que está en los cielos! Que su nombre sea santificado por todos! Que nos venga cuanto antes su reino! ¡Que se haga su voluntad santísima así en la tierra como en el cielo! Si de corazon decimos esto, mis amados, si contritos y arrepentidos nos sometemos en un todo á la voluntad de Dios, no dudeis que el Pan nuestro nos le dará cada dia, y perdonando nosotros á nuestros deudores, él nos perdonará nuestras deudas, nuestras culpas, nuestros pecados; nos dará su gracia para no caer en la tentacion, y nos librárá de todo mal, esto es, de todo lo que pueda servir de obstáculo á conseguir nuestra eterna salvacion; á todo lo que pudiera hacer que la palabra *Amen* que decimos al concluir esta oracion celestial, no tenga el lleno que Jesucristo intentó al mandárnosla decir, que fue el que como lo pedimos se haga. Y se hará indudablemente siempre que la recemos bien; porque Jesucristo se ha encargado de conseguir cuanto pidamos al Padre nuestro que está en los cielos, y nada niega el Padre de cuanto su Hijo le pide. No, no tenemos necesidad de preguntar con las Marías de que habla el Evangelio, ¿quién nos levantará la lápida tan grande que á no sostenerla la gracia divina, nos sepultaria en los vicios, y nos tendria para siempre envueltos en telas de infernales arañas sin poder ver jamas la luz celestial. (*Aqui el orador, si lo creyese oportuno, etc.*) Preparémonos, pues, á pelear con valor, contando, ante todas cosas, con los auxilios de la gracia divina; saquemos de las tentaciones las grandes utilidades que podemos reportar de ellas, ya conociendo nuestra debilidad, y la necesidad que de Dios tenemos, humillándonos en su presencia, y ya tambien para hacernos dignos de vestir las ropas blancas, de que habla San Juan en el Apocalipsi (1): El que venciere, *dice en nombre de Jesucristo*, será vestido de ropas blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, antes bien le celebraré delante de mi Padre, y delante de mis ángeles *reconociéndole por uno de mis fieles discipulos.* Peleemos pues, mis amados, para vencer, y nos reconocerá el Señor por fieles discipulos suyos, nos dará su gracia para que vencamos, y vencidos que sean por nosotros los enemigos *demonio, mundo, y carne*, entraremos triunfantes en la patria celestial, y nos regocijaremos con los cortesanos del cielo, cantando divinas alabanzas al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo por los siglos de los siglos. *Amen.*

(1) *Cap. 3. v. V.*  
TOMO I.